

CAPÍTULO I

Okizar

El rey Okizar dirigió su caballo a trote lento hacia el río. Miró el sol que emergía del Este y que parecía una bola de fuego a punto de explotar. Entrecerró los ojos y miles de lucecitas se encendieron en su retina, mientras pronunciaba en voz alta las siguientes palabras:

—Buen día y muestra tu ojo.

El jinete sintió, en ese preciso momento, el peso de su arma sobre la espalda y ello lo tranquilizó, porque nadie jamás se había atrevido a entrar en el umbrío y misterioso bosque del Reino del Otro Mundo sin estar armado con el filo de una espada.

El rey cruzó el puente que unía las dos riberas del río Corraniaid, el único que era capaz de oír todas las voces de los okis, aun las que traía el viento de tierras ignotas, como también las que proferían los árboles, los pájaros y todos los seres que moraban en el Reino del Otro Mundo, para luego transformarlas en un monótono rumor que desparramaba por doquier, hasta los oídos de quien tuviera el don de escuchar.

Un grupo de lavanderas lo reconocieron y lo saludaron con sus manos alzadas al cielo. El monarca retribuyó la cortesía con un leve ademán de cabeza, mientras azuzaba su caballo, que, al galope, se alejó del río y se dirigió al camino principal.

Las colinas del Oeste se iluminaron de repente y las plantaciones de manzanos aparecieron ante los ojos del rey como por obra de magia. Más allá se extendían ondulantes territorios de espesos bosques y praderas verdes que finalizaban devoradas por el desierto, inexpugnable y peligroso, no pisado jamás por ser viviente alguno, que le servía al Reino del Sur de estratégica defensa.

Tres o cuatro lebires se encontraban en el medio del camino y unos cuantos más pastaban a los costados; eran animales mansos si no se los molestaba, pero podían transformarse en bestias muy peligrosas si eran tratados en forma brusca. Al verlos, Okizar detuvo la marcha y, cuando se disponía a salirse del camino para tomar un desvío, un enano apareció de la nada aprestándose a liberarle el paso.

El enano se llamaba Hornbori, pero él ocultaba su verdadero nombre y se hacía llamar Eiddilic. Era muy conocido en la comarca por su buena disposición a las labores del campo, pero también por su carácter díscolo, sus explosiones de rabia y su tendencia a maldecir todo aquello que lo molestara.

Los lebires siguieron mansamente a Hornbori, que, dando unos estridentes silbidos, se los fue llevando hacia una gran parva de pasto que había amontonado a prudente distancia del camino. Desde allí, por debajo del ala de su ancho sombrero rojo adornado por una hermosa y azulada pluma del ave del miedo, el enano miró de reojo al rey, que aún seguía detenido en el mismo sitio. Hornbori no se dio por aludido, le dio la espalda y, como si nada, continuó con sus tareas.

Hornbori poseía tierras más allá de la Gran Colina ubicada en el Este, pero, como tenía permiso de llevar a pastar a sus lebires a las tierras del rey, se lo podía ver por las cercanías hablando solo mientras trabajaba.

En realidad, el enano recitaba versos en su idioma, que pocos comprendían, quizás algunos ancianos descendientes de un puñado de familias que habían habitado el extraño Valle de los Lebires, más allá de la Gran Colina, antes de la Gran Guerra contra los margontes.

Estos ancianos relataban que el Valle de los Lebires temblaba con mucha frecuencia, que el suelo solía abrirse para formar tortuosas y profundas grietas de donde emergían, chillando y casi ciegos, unos se-

res feos y peludos llamados *trasgos*, que los enanos perseguían sin piedad hasta conseguir decapitarlos con sus filosas espadas forjadas en las mejores fraguas del Mundo conocido y que, en tales ocasiones, eran alimentadas por los cuerpos de estos maléficos habitantes de la oscuridad de la tierra, de los tantos que Ahriman, el Señor de la Sombra, era capaz de crear con su abyecta pero poderosa energía.

Aw ha aw
Mezw ha mezw,
Ard Er'borg leute.
Aw ha aw:
Horn'bori.
Mezwi'ten,
Ard rí Dana'an.
Ow ha ow:
Oki'zar¹.

Hornbori era hijo del enano Bergleute, el que había llegado con su familia de tierras lejanas allende los mares, el famoso y mítico Bergleute, que, siendo casi un niño, le había arrebatado la fabulosa Espada del Sur al maligno Ahriman, la Sombra que había assolado al Mundo con su ejército de trolls y que había sido vencida por los pueblos y entidades que formaban la Hermandad de la Luz unos seiscientos años atrás.

Hornbori cantaba las historias de su padre en sus solitarias jornadas en el campo. Sin familia ni amigos y con un nombre supuesto, a Eiddilic sólo le quedaban los relatos que su madre le había contado tantas veces sobre su padre ausente, que, trescientos años después de la guerra contra los trolls, le había entregado la Espada del Sur al legendario Danaan, el Gran Rey de los Okis, pero que antes había traspasado el Puente de los Obstáculos para penetrar en las tierras de los scatch, pueblo atlante, donde la sacerdotisa Sora había protegido la Espada con el conjuro de la estrella Alción.

¹ Yo soy yo, el hijo del Gran Bergleute. Yo soy yo: Hornbori. Tú eres tú, el descendiente del gran rey Danaan. Tú eres Okizar.

Hornbori, el hijo del rey —Eiddilic para todos los que lo conocían—, cantaba todas esas historias, y su voz, grave y melancólica, se entremezclaba con el viento y el trinar de los pájaros, para perderse en la lejanía del mar en el Este, en la majestuosidad de las montañas en el Norte o en la umbría soledad de los bosques, porque hacía mucho tiempo que ya nadie lo escuchaba.

Okizar continuó su camino. La imagen de Hornbori se hizo cada vez más lejana. ¿Cuántos años tendría? Habían transcurrido casi trescientos años desde la Gran Guerra, y ésa sería la edad del enano que recitaba versos en honor de su padre, que había muerto como un héroe defendiendo a Danaan, el tatarabuelo del rey Okizar.

El sol estaba alto en el cielo cuando Okizar llegó al cruce de caminos que se abría como un tridente: al Sur, ancho, claro y despejado, continuaba recto hacia las comarcas de su pariente y aliada, la reina Bugovila, conocidas como el Reino del Confín. El del Sureste, angosto y tortuoso como una serpiente, se sumergía en las verdes praderas del valle cultivado y se adentraba en las altas serranías boscosas para perderse en las tierras lejanas junto al mar. Al frente, el que se dirigía hacia el Oeste y luego hacia el Norte finalizaba en el Camino Blanco, pero, a media hora del cruce de caminos, se abría un atajo desdibujado y plagado de margaritas, amapolas y verbenas que se perdía en las colinas cubiertas por la selva que el rey había decidido atravesar con el propósito de ahorrarse muchos kilómetros.

El caballo galopó hacia el Oeste más de media hora, pero luego se detuvo bruscamente, mientras relinchaba inquieto. Comenzó a golpear el suelo con sus patas delanteras y, cuando el jinete lo instó a seguir en dirección a la espesura del bosque, donde el desvío hacia el Camino Blanco apareció de repente entre luces y sombras, el caballo se encabritó.

El rey comprendió que el animal se negaría a proseguir y con calma lo desmontó. No sabía muy bien cómo se las arreglaría sin su caballo para llegar a su destino, pero algo le decía que las cosas iban a resolverse de alguna manera si tomaba ese sendero. Era tan fuerte la corazonada que, negándose a la lógica, que le advertía que jamás iba a poder llegar tan lejos sin su montura, avanzó resueltamente hacia el

bosque. Al rey, al observar la espesura, le pareció oír un rumor de voces bajas que provenían de la foresta: cuchicheos y su nombre pronunciado con suaves y lentas modulaciones. Pero Okizar no le temía a nada y, cuando había decidido algo, era muy difícil que se volviera atrás.

—Bien, amigo, vuelve a casa —dijo Okizar, propinándole a su caballo una fuerte palmada en la grupa—, porque mi corazón me dice, aunque parezca un desatino, que ésta es mi ruta y no otra.

El caballo alzó sus patas delanteras con nerviosismo, pegó la media vuelta y comenzó a trotar por el camino de regreso. Pronto, fue sólo un lejano resonar de cascos y una tenue polvareda dorada por la luz del sol.

El rey acomodó su morral sobre la espalda y ciñó a la cintura su espada —la misma, sin saberlo, que Danaan había blandido en la guerra contra los margontes, la Espada del Sur, conocida también como *la Espada de Bergleute*—, y avanzó con paso seguro por el verde sendero enmarcado por tiernos brotes de tejos; más allá, mientras iba adentrándose en la espesura, pudo ver otros árboles de la misma especie que lucían esplendorosas ramas e imponentes troncos, tan gruesos que cuatro hombres entrelazados a su alrededor no hubieran logrado cubrir su circunferencia total. Se trataba de viejos gigantes de más de veinte metros de altura, muy hermosos y letales a la vez, debido a que no había ninguna parte de ellos que no destilara una poderosa ponzoña capaz de matar hasta al más fuerte de los hombres. El rey, entretenido como estaba en contemplar a los vetustos tejos, no se percató de que había pisado un grupo de hongos que, al instante, se deshicieron bajo el peso de su calzado, comenzando a emanar un fuerte y desagradable olor que Okizar reconoció enseguida y, en consecuencia, evitó por todos los medios aspirar.

El rey contuvo la respiración y, corriendo velozmente en dirección al corazón del bosque, cuyos latidos se confundieron con los suyos, llegó hasta una inmensa y viejísima encina, cuya copa era tan alta que hubiera sido imposible verla desde el lugar donde él estaba, y, apoyándose sobre su anchísimo tronco repleto de oquedades, recobró el aliento.

El nauseabundo olor había desaparecido. Okizar había pisado una seta muy venenosa, cuyos vapores causaban, al ser inhalados, terribles dolores de cabeza y la aparición de extraños seres que despertaban en los poseídos ideas suicidas y de automutilación. Él había visto hombres

y mujeres sin manos, sin orejas y hasta sin ojos, a causa del encuentro con esos engendros de la naturaleza.

Okizar buscó su odre y bebió un poco de agua. De repente, oyó un susurro que venía de uno de los huecos del tronco de la encina, algo así como: *Dieh, tah dieh, oki... Dieh, tah dieh, Okizar* ('Buenos días, oki... Buenos días, Okizar').

Era lengua dríade . Un ser estaba muy cerca, hablándole. Con extremo cuidado de no realizar ningún movimiento brusco, se colgó el odre de la cintura y levantó la vista: una criatura pequeñita de cabellos dorados lo miraba fijamente con sus enormes ojos de un color celeste intenso.

—*Dieh, tah dieh*, dríade —le contestó el rey.

Estas palabras bastaron para que, de todos los huecos del árbol, emergiera un sinnúmero de bellísimas criaturitas que hablaban todas juntas y armando tal alboroto que Okizar ni se atrevió a pronunciar palabra.

Las dríades revoloteaban a su alrededor como si fueran mariposas cuyas alas se movieran tan rápidamente como las de los picaflones. Era como un ruido de abejorros zumbadores enloquecidos al descubrir un enorme y generoso panal de miel.

Varias de ellas, a manera de bienvenida, le volcaron sobre la cabeza flores de serbal y hojitas secas. De inmediato, todas las demás las imitaron y el rey tuvo que cubrirse el rostro con las manos, pues el recibimiento se había transformado en una hondonada de flores, bayas, bellotas, serbas y hayucos que le eran arrojados con fuerza de todos los rincones.

Entre los espacios de sus dedos, que a modo de abanico cubrían su rostro, pudo ver cientos de dríades que iban y venían gritando al unísono:

—*Dieh, tah dieh, oki. ¿Wee neh?* ('Buenos días, oki. ¿Adónde vas?').

Sus voces sonaban como el repique de un sinnúmero de campanillas de cristal, interpretando una dulce melodía que se esparció por la foresta, inundándola de una extraña sensación de irrealidad y dejándolo al rey sin habla.

Okizar conocía el idioma de las dríades y sabía también que podían comunicarse telepáticamente con los humanos porque habían aprendido el idioma de los okis en el principio de los tiempos. Por ello

pensó: “Voy en busca de Haghedisse”.

Al finalizar la frase, las bellísimas criaturitas aladas interrumpieron bruscamente lo que estaban haciendo y desaparecieron al instante.

El zumbido de sus alitas plateadas y vaporosas y el tintineo de sus voces cristalinas fueron reemplazados por un profundo silencio, un silencio estremecedor.

Cada paso que Okizar dio al avanzar sobre el acolchonado piso de hojas crujientes resonó como un eco grave y monótono, un eco que se multiplicó en cada haya, fresno, tejo, encina, roble o serbal que apareció ante sus ojos maravillados.

Era aquel un extraordinario lugar poblado de sombras, de luces y de una vaporosa niebla centelleante que brotó por debajo de las robustas y retorcidas raíces de los árboles, se asentó entre los frondosos arbustos, se depositó entre las ramas bajas y, finalmente, ascendió en forma de espiral hacia el cielo, totalmente oculto por las entrelazadas copas de los árboles.

El sendero había desaparecido. Okizar había extraviado el camino y, para seguir avanzando, apartó con cuidado las ramas bajas de un roble, cubiertas casi completamente por espléndidos helechos, cuyas hojas habían alcanzado el suelo para formar nuevas plantas florecientes de gruesos rizomas largos y negruzcos.

El bosque todo respiraba acompasadamente y su agrídulce aliento se metió en las narinas de Okizar causándole un efecto hipnótico.

El rey emergió a un claro de forma circular, cuyo techo verde, apenas iluminado por minúsculas manchitas irregulares de luz solar, tembló ante una bandada de reyezuelos que, asustados, levantaron vuelo en medio de un crujir de hojas y de estremecedores silbidos. Luego, todo quedó nuevamente en silencio, y éste era tal, y todo estaba tan inmóvil, que presintió que alguien había dado una orden para que así sucediera: cientos de ojos recelosos lo estaban vigilando y tenían razón para desconfiar, porque la Gran Guerra le había ocasionado mucho dolor al pueblo del Reino del Otro Mundo, que, en tiempos pasados, había mantenido una generosa y solidaria amistad con los hombres.

Okizar miró en derredor y supo que estaba perdido y que debía

orientarse mientras hubiera luz. En consecuencia, se acercó a un gigantesco roble y, haciéndole una respetuosa reverencia, le pidió permiso para subirse a sus ramas:

—*Bile roble, in Németon.* Yo, Okizar, el Rey de los Okis, solicito permiso para subir por tus ramas hasta tu copa.

Su voz fuerte y clara retumbó en el laberíntico bosque umbrío no tocado por hombre alguno desde tiempos inmemoriales, virgen de pisadas humanas, verde y salvaje, rumoroso de hojas que se movieron apenas con la suave brisa del principio del verano.

El roble lo observó desde su altura y como sólo un árbol puede hacerlo; con la inmensidad de su alma generosa, buena, sincera y cordial, serenamente acomodó sus robustas y pesadas ramas para que Okizar pudiera subir.

El rey recordó lo que su padre, el rey Godoalan, le contara acerca de las conversaciones sostenidas con un viejísimo y sabio roble que había nacido del aliento del viento y de la fuerza de la tierra, en tiempos anteriores a Danaan, y cómo lo había llorado cuando un fatídico rayo le quitó la vida para llevarlo encendido en llamas al Reino Distinto.

El silencio amenazante que hasta ese momento reinara en el bosque fue quebrado por una estridente música de cigarras y de grillos, que competían al unísono para ver quién cantaba más fuerte, a la que, inmediatamente, se le unió el graznido de un cuervo que lo estaba observando, sin perderle pisada.

Luego, el arrullo de una pareja de torcazas que comenzaron a mimarse desde un serbal repleto de frutos dulcificó el lugar y serenó su alma.

Con el corazón más tranquilo, Okizar comenzó a subir por las gruesas ramas del roble. Sabía que debía hacerlo cuidadosamente para no lastimarlo; para ello, miró hacia arriba y hacia los lados, con la intención de elegir cuál sería la próxima rama, la más conveniente, con el fin de utilizarla como peldaño. De ese modo, con extremada precaución de no dañar al mágico roble, subió y subió hasta llegar a la máxima altura que desplegaba el árbol y, desde lo alto, pudo ver el camino principal que provenía del Norte, el Camino Blanco, y el serpenteante sendero que recorría el valle hacia el Este, como así también, la exultante selva que enmarcaba el Cami-

no Blanco, una selva espesa y misteriosa que se continuaba en el Valle de los Menhires. Okizar sabía que mucho más allá, en la lejanía, traspasando valles y montañas, se hallaba el lugar hacia donde él se dirigía.

Okizar, ya orientado, se dispuso a descender, pero, en ese instante y sin tiempo alguno para reaccionar, fue repelido por una poderosa fuerza que lo arrojó sin piedad al vacío.

El rey voló hacia el Norte, de colina en colina. Traspasó el Valle de los Menhires y luego, por encima de las montañas que dominaban el Valle de los Robles, voló rasante sobre Hircocervia y por encima de Greewen y llegó a la naciente del río Corraniaid sin un rasguño, porque la misteriosa energía lo depositó suavemente sobre unas enormes y encrepadas rocas oscuras por donde serpenteaba el agua cristalina de las vertientes rumorosas y frías del Corraniaid.

Los nobles y mágicos robles lo habían transportado a su destino final. Las aguas del río le hablaron con una aníada voz:

—*Haghedisse, Haghedisse, Cailleach in Németon.*

Okizar bebió de las aguas del río y, al instante, supo dónde se encontraba la bruja, y hacia allá se dirigió.